



VII Concurso de microrrelatos

Carmen Alborch

de Fundación Montemadrid

10 Relatos finalistas

fundación
montemadrid

3.400 microrrelatos

se presentaron al **VII Concurso de Microrrelatos Carmen Alborch** de Fundación Montemadrid, que congregó a autores de muchos lugares del mundo, principalmente de España y Latinoamérica.

El jurado, compuesto por los prestigiosos periodistas y escritores **Ángeles Caso, Mara Torres, Antonio Lucas, Carlos del Amor e Ignacio Elguero**, escogió los cinco microrrelatos que han resultado premiados entre catorce textos finalistas.

En este cuaderno se reúnen diez* de esos microrrelatos.

*Esta recopilación recoge sólo aquellos microrrelatos finalistas cuya inclusión ha sido autorizada por sus creadores.

Primer premio

Faque perpetuo

José Bonilla Cabrera

Desde un rincón oscuro de la habitación, el hombre agazapado observa con pavor el trazo cuadrado y negro de la puerta cerrada. La puerta cerrada con doble cerrojo y trabada con una tablilla sólidamente clavada al suelo. El hombre agazapado observa el trazo cuadrado y negro de la puerta cerrada y en voz baja repite: «no podrá entrar, no podrá entrar, no podrá entrar», mientras verifica cada segundo que el pomo metálico de la puerta, nítido como una joya ensartada en la madera, continúa inmóvil. «No podrá entrar, no podrá entrar, no podrá entrar».

No hay luz ni ruido al otro lado de la puerta cerrada. Sólo si el hombre agazapado guarda un instante de silencio, puede percibir vagamente una voz. Una voz temblorosa que desde afuera, desde algún rincón oscuro y lejano, repite sin cesar: «no podrá salir, no podrá salir, no podrá salir».

VII Concurso de microrrelatos

Carmen Alborch de Fundación Montemadrid

Relatos finalistas 2023

Segundo premio

Metamorfosis

Rafael Peralta Torrecilla

Era lunes. Apagó el despertador con apatía. Estaba confuso. Tenía la sensación de que algo no iba bien. Levantó lentamente una de sus extremidades superiores y, extrañado, contempló una mano. Tenía cinco dedos independientes y de distintos tamaños. Repitió la operación con el brazo contrario. Allí encontró otra mano idéntica a la anterior distinguida por un anillo mate en uno de sus dedos. Se incorporó sentándose en un lateral de la cama y observó cómo, al final de sus peludas piernas, se extendían dos pies deformes cuyos dedos lucían coronados por sendas uñas de oro viejo. Caminó con torpeza hacia el baño, directamente hasta el espejo. Su reflejo le causó estupor. Su cabeza estaba cubierta por una pelusa grisácea y una barba espesa y tiesa como el alambre escondía la parte inferior de su cara. Su torso, de hombros caídos y brazos flacos, se completaba con una barriga ligeramente colgandera y su pecho emulaba a una alfombra de un fino tejido enmarañado. Era un hombre cualquiera. Aquella certeza le hizo emitir un contenido pero desgarrador grito y, empujando hacia abajo sus mejillas con las palmas de sus manos, masculló: «¿Por qué todos los lunes tiene que pasarme esto?».

VII Concurso de microrrelatos

Carmen Alborch de Fundación Montemadrid

Relatos finalistas 2023

El sueño americano

Miguel Ángel Calvo Dueñas

Sin saber muy bien por qué, esta mañana ha decidido regresar a aquel rincón del metro con la única compañía de su vieja guitarra acústica. Allí, con aspecto ligeramente desaliñado, se instala parsimonioso en el centro del pasillo, sin micrófonos, sin amplificadores, sin focos multicolores. Mientras sus primeros acordes reverberan entre azulejos, la frenética multitud transita con cadencia apresurada, como si fuesen a perder ese tren que solo pasa una vez en la vida. Un madrugador con rostro somnoliento le arroja distraído una moneda dentro del estuche, más por compasión que por otra cosa. Una señora lo observa con la curiosidad de quien cree haber reconocido a su ídolo de adolescencia tras esas grandes gafas oscuras y esa desconcertante gorra de béisbol, pero enseguida descarta tan estúpida idea.

Su improvisado concierto finaliza antes de lo esperado con el desganado aplauso del joven vigilante de seguridad que de buenas maneras invita al abueleto a que se vaya con la música a otra parte.

Caminando de regreso a casa, no puede evitar detenerse un instante frente al Carnegie Hall. Con letras de oro, la marquesina ilumina su nombre. Mañana, con las entradas agotadas, comenzará su gira mundial de despedida.

Rocío

Alberto Palacios Santos

Ustedes dirán que no es tan raro encontrar objetos perdidos entre los pliegues de un sofá, que todos hemos extraviado monedas, el mando a distancia o alguna joya sin valor, pero aquello escapaba a toda lógica.

El día que encontré a Rocío entre las almohadas de mi sofá no supe qué decirle, y eso que habíamos vivido juntos unos años, pero de eso hacía tanto tiempo...

Rocío emergió de las entrañas del sofá, como si tal cosa, quitándose unas migas de las mangas de la blusa y unas cuantas pelusas cariñosas de su falda y, como si no hiciera veinte años que se había marchado, se acurrucó en una esquina y me dijo que, por favor, cambiara de canal, que siempre estaba con el rollo del fútbol.

Y yo le dije que sí, porque solo quería agradarla y que no se fuera, pero entonces vi, aterrado, que había vuelto a perder el mando en la inmensidad de mi sofá y le dije que no podía cambiar de cadena y Rocío que, como ocurrió hace veinte años, me dice que no me preocupe, que ya va a ella a buscarlo, que no puede estar muy lejos, que no va a tardar.

Fuera de cobertura

Patricia Collazo González

Al final desaparecían del horizonte y volvíamos a respirar. Cuando alguna embarcación fuera de su ruta habitual se acercaba demasiado a nuestra isla, yo procuraba distraer a los niños con una partida de Coco Parchís o desafiándolos a correr hasta la Gran Duna. Tú, mientras, apagabas el fuego y disimulabas la choza tapándola con las ramas que teníamos preparadas. Era nuestro pacto de oro, y funcionaba.

Pero últimamente, espiando tus escapadas al atardecer, te he observado desenterrar el móvil y acariciarlo con el índice, avanzando pantallas imaginarias. Y yo no te lo he dicho, pero he vuelto a soñar con Pink Floyd.

Pájaros cobardes

Sol García de Herreros

Mi madre siempre decía que mi hermana tenía la cabeza llena de pájaros. Como yo era diez años más pequeña que ella, la observaba admirada, intentando imaginar cómo sería tener su edad y una jaula sobre los hombros. Cuando dormíamos juntas yo solía pegar mi cabeza a la suya con atención, pero nunca oí un trino ni vi nada especial hasta que nuestra madre murió.

Ese día, al volver del cementerio, papá le colgó a ella la medallita de oro que mamá llevaba siempre y le explicó que ahora era la mujer de la casa. Y fue justo entonces cuando una bandada enorme de pájaros de todos los colores escapó de la cabeza de mi hermana

Tierra firme

Tomás del Rey

Crecí amamantado por la nostalgia del pueblo donde no pude nacer. Y eso que vivíamos a apenas unos metros. Nos habían construido un pueblo nuevo, pero sin alma, muy cerca del pantano que se tragó el nuestro mientras mi padre andaba haciendo el servicio militar. Solo la torre de la iglesia emergía de cuando en cuando con la obstinación de la sal en la herida. Padre levantaba entonces la cabeza de la labor y miraba el campanario con los ojos nublados.

Todo esto fue hace mucho tiempo. Ahora él vive lejos, en una residencia. Desde allí me llamó ayer, a la hora del telediario. Contaban que la sequía ha hecho brotar las viejas calles desde el fondo cenagoso:

—Hijo, tienes que llevarme.

Hoy somos dos intrusos que vagan por las ruinas mojadas, brillantes al sol como recubiertas de pan de oro. Intento que no se resbale con la verdina, pero él avanza a trompicones, con entusiasmo adolescente. En el frontón me enseña orgulloso una enorme pintada a brocha: “Vivan los quintos del 52”. En el banco de la plaza alguien ha grabado con un cuchillo: “Te esperé. Abril, 1953”. Calle arriba, una sombra de muchacha parece escurrirse como un pez.

Finalista

De lo bello y lo interno

Miguelángel Flores

Fue el mismo día de verano que vi a dos hombres besarse en la boca en La Rambla. Alguien se dio cuenta de mi cara perpleja y tiró de mi mano, para zambullirme entre el gentío. Pero ya era tarde, yo había picado aquel anzuelo de oro, de zarandeo y curiosidad, y solo consiguió alejarme, no que soltara el cebo, ni tampoco romper el hilo de pescar.

Luego vino lo de la tarde, visitando la fuente de Montjuic. Aquello tampoco lo había visto nunca. Era diferente a todo cuanto recordaba. Contando con que, con siete años, aún no acumulaba muchos recuerdos. Es cierto que había contemplado jirafas y aviones de cerca, pero esto era más emocionante. Era como si te soplaran en el pecho, desde dentro. Colores cambiando, agua que subía y bajaba, música que obedecía. Y el sedal de la mañana, que continuaba tirando de mí. Entonces, el susurro de mi padre. Hijo, estás llorando. Lo miré y no supe explicarme. No todavía.

VII Concurso de microrrelatos

Carmen Alborch de Fundación Montemadrid

Relatos finalistas 2023

Ojo mirando ojo

Gustavo Eduardo Green Sinigaglia

Se me salió el ojo.

Sí, de golpe mi ojo derecho cayó rebotando por las escaleras.

Empecé a ver en dos planos: mientras mi ojo izquierdo veía alejarse a su compañero, el otro observaba como yo lo perseguía.

Puedo asegurar que el ojo en cuestión se trasladaba por sus propios medios, ya no lo hacía por el impulso inercial de la caída.

En la doble visión disociada el desconcierto se apoderaba de mí y ya no sabía si perseguía o era perseguido. Pero los ojos también se cansan y así quedé, agitado, en un rincón de la calzada, junto al cordón pintado de amarillo oro. Me arrimé con cuidado y vi, desde mi otro ojo, como la mano se acercaba. Me lo coloqué sin mayor dificultad y mi visión se normalizó. Pensé en asegurarlo con pegamento, pero sabía que sería en vano, que ya era tarde; mi ojo había experimentado el valor de la libertad.

Un campo de girasoles

Gabriela María Bertolotti

El campo de girasoles brilla como monedas de oro esparcidas sobre el verde, hasta el horizonte. Calor. Me derrito bajo este sol indiferente, y estoy tan cansada. La tierra vuela, la siento entre los dientes, mastico polvo. Un carancho planea en lo alto, dibuja círculos en el celeste tenso. Ni una nube.

¿Cuántas horas han pasado? Los girasoles inclinan sus cabezotas hacia los yuyos que crecen entre sus pies vegetales. Hace rato ya que los grillos entonan su concierto de una sola nota. El celeste ahora es azul, casi negro. El lucero brilla sobre mí, creo que me mira. Frío. El rocío lame mis pies descalzos, me acaricia, me alivia. Ni siquiera me molesta el olor, mi olor.

Entonces es cuando escucho el murmullo entre las hileras de plantas dormidas. Ladran. Ya vienen, pienso. Me iluminan las linternas, me huelen sus hocicos. Gritan "Aquí, aquí". Es tarde, les digo, muy tarde. Pero no me escuchan, ni ven cómo me subo por los tallos, trepo por las hojas y al llegar a las enormes flores, me apoyo en las semillas doradas, y me impulso hacia arriba, bien arriba, con estas suaves alas amarillas que me acaban de nacer.

fundación **montemadrid**

Fundación Montemadrid es una entidad privada sin ánimo de lucro dedicada a impulsar y promover la Acción Social, la Educación, la Cultura y la protección del Medioambiente a través de centros de educación inclusivos, convocatorias de ONG, becas de Formación Profesional o proyectos de conservación del Patrimonio.

La Casa Encendida, centro sociocultural de referencia y vanguardia, y el Palacio de la Música, cuyas obras de rehabilitación le devolverán su uso como espacio escénico en la Gran Vía madrileña, son dos de sus proyectos más destacados en el ámbito cultural.

montemadrid.es



VII Concurso de microrrelatos

Carmen Alborch de Fundación Montemadrid

Relatos finalistas 2023